

quiera, y cuando lo hayáis gustado, ¡ah! yo os aseguro que ya no querréis separaros de ella más. Pero en este punto hay que llegar al convencimiento y al entusiasmo, porque para hacer bien una cosa y lograr la perfecta posesión de una virtud, se necesita empezar por estimarla, para luego admirarla y amarla con pasión. La voluntad y el cuerpo harán con facilidad lo que la mente juzga bueno y desea el corazón.

Tened, pues, el espíritu de penitencia; mortificaos en todo y dondequiera, en el cuerpo y en el alma, en la mente y en el corazón, por amor á nuestro Señor Jesucristo. ¡Ah! ¡Cuánto quisiera yo que estas palabras fuesen de fuego y grabarlas con hierro candente en vuestro corazón! En esto no miréis la fatiga, sino la unción: la cruz, más que suplicio, es un consuelo: ¡así lo entendieron los Santos, y por eso la abrazaron con tanto amor y alegría!



LA MORTIFICACION DE LOS SENTIDOS

HEMOS dicho que era menester entregar por completo á Dios la mente; que los más peligrosos combates se libraban en ésta, y que en su pereza é indeterminación en decidirse por Dios y rechazar el mal tenía su origen la tibieza de la vida, y también hemos dicho que era preciso repeler inmediatamente, sin vacilación, los pensamientos que aun sólo exteriormente fuesen malos.

Hemos dicho que era menester dar nuestro corazón á Dios, que lo exige para sí absolutamente y que se requería, para que el don de nuestro corazón fuese continuo, la continua voluntad de ofrecernos con un amor de generosidad y sacrificio. Este amor es el espíritu de penitencia, la mortificación de amor, el verdadero camino de la santidad; sin él, todo lo demás es pasatiempo, senderos más ó menos floridos donde recrearse, y todos los otros medios juegos de niños al servicio de Dios.

No se trata de eso, sino que hay que tener seriedad. ¡Librenos Dios de las personas frívolas! De ellas nada puede hacerse, pues la frivolidad es como

un aceite que se extiende sobre la mente y el corazón de ellas, impidiendo la entrada de la gracia.—No; tened un pensamiento y un objeto bien definidos, y tended á ellos por medios serios, capaces de conducirlos hasta allí.

I. Ahora bien; para llegar á ser completamente de nuestro Señor, es preciso en absoluto darle el cuerpo y los sentidos, mas para esto se requiere que seamos señores de ellos. — A toda costa hemos de tener en el bolsillo las llaves de nuestra casa, y sujetar el cuerpo al imperio del deber, de la voluntad y de la gracia de Dios.

El cuerpo no tiene ni inteligencia ni fe; hace falta que la voluntad lo domine y lo conduzca, porque es un animal á quien sólo con golpes se convence. Ignora lo que sean honor y sobriedad; no cuida de virtud; es naturalmente desordenado y tiende con obstinación á su hartura: apetece el bien sensible, su bienestar exclusivo, y á su goce aspira con todas las fuerzas de la concupiscencia. Si la razón se le opone, prueba anticiparse á ella y obtener, á pesar de ésta, el objeto de su concupiscencia. Rudo combate es éste, en el cual somos vencidos si por desgracia la mente se halla en connivencia con el cuerpo.

Por eso no basta la mortificación interior, sino que también hay que mortificar este cuerpo que pudiera hacernos traición.

Quizá sin eso pudierais llegar á feliz término, si tuvieseis muy enérgica voluntad y amor grandísimo; pero, por regla general, es preferible tener las murallas bien guarnecidas y muy cerradas las puertas.

El hombre malo debe ser continuamente reprimido, abatido y mortificado, porque sólo instintos de bruto tiene.—Mientras la mente debe ser dirigida y

elevada hacia Dios, el cuerpo ha de estar reprimido y mortificado. El miedo á sofocar el espíritu nos aconseja no comprimirle, sino dirigirle constantemente hacia Dios. También la oración, que es por esencia una función del espíritu, se denomina elevación de nuestra alma hacia Dios. La mente necesita luz, el corazón alimento, el cuerpo compresión: urge dominarlo y encadenarlo.

La voluntad, que es el sí y el no, y la realeza del hombre, debe tener por único fin la voluntad de Dios y estar constantemente unida y sometida á Él: la mente ve, el corazón trabaja, la voluntad termina. La voluntad debe ser dueña de la mente y del corazón: es soberana, y todo lo puede con la gracia de Dios; es admirable esa voluntad cristiana que, revestida de la fuerza misma de Dios, no conoce obstáculos. Porque Dios está con la voluntad para vencer, cuando la voluntad está con Dios para estarle sometida.

También debe la voluntad dominar el cuerpo y los sentidos, y es cosa difícil y aventurada el señorear su cuerpo. A causa del contacto con el mundo hay dificultades desesperantes, y es muy raro llegar á ser dueño absoluto de sus sentidos. — Por cierto tiempo sí; pero allá os aguarda la sorpresa que se apoderará de vosotros cuando menos lo penséis. ¡Son tan numerosos y sutiles los atractivos y ocasiones! Por todas partes os enlazan. Así es que cualquier día preséntase una ocasión en que se encuentra uno con toda su debilidad, como el animal doméstico, muy manso ordinariamente, pero que, en presencia de su pasión, ya no reconoce dueño.

Esto es lo que desespera á los pecadores convertidos; mucho tiempo permanecen fieles, pero luego,

de pronto, experimentan los más violentos ataques, y á veces dan las más graves caídas: la causa es que el corazón y el alma estaban bien convertidos, pero el cuerpo no había cambiado.

Bueno y aun necesario es amar á Dios, orar y adoptar resoluciones; pero además tened en servidumbre á vuestro esclavo, pues mientras un hombre no es dueño de su cuerpo, no es santo, ni verdaderamente piadoso; no puede producir buenos actos; su estado no es de piedad durable y sólida.

¡Oh cuánta fatiga cuesta el conseguir la muerte del cuerpo! Consiente uno en sacrificar su mente y su corazón; pero su cuerpo ¡oh! no con mucha facilidad. Examinad vuestra vida, y veréis cómo vuestros pecados vienen por los sentidos; atacan al alma, pero por medio del cuerpo, y se comprende; porque vuestra alma está unida y ligada á los sentidos, de modo que nada puede hacer sin su concurso, del cual se aprovechan ellos para hacerle traición siempre que pueden y para perjudicarla en vez de servirla: nada dejan de hacer por sojuzgarla á ellos. Por eso el cuerpo es el irreconciliable enemigo de la gracia que quiere santificar nuestra alma y unirla á Dios, separarla de las cosas terrenales para aficionarla á las celestiales; emplea todos los medios de vigilancia y lima todas las cadenas; conoce su fuerza, y aparte de todo esto cuenta con alianzas en el alma misma, en la mente y en el corazón, porque desde el pecado, todo el hombre, así interior como exterior, hállase quebrantado y con inclinación al mal.

La razón no está en medio de los sentidos sino á modo de un resplandor amortiguado por la caída original, y entorpecida además por el mal uso que

quizá de ella hemos hecho; así es que se anubla en presencia de ese foco de los sentidos que poseen las dos terceras partes del hombre. Por manera que si no comenzáis el trabajo de vuestra santificación mortificándolos para someterlos, es igual que si jugarais; tiempo perdido.

Recordad lo que hemos dicho de la mortificación de amor: la primera víctima que se ha de sacrificar á Dios es el cuerpo.

En todas sus epístolas predica San Pablo la crucifixión de la carne, de los sentidos y del hombre viejo, á quien hay que reducir á esclavitud, en términos que nunca será virtuoso el que no lo haya dominado por completo. En esto consiste el ejercicio exterior y la prueba de la virtud de mortificación.

II. Corre por el mundo una herejía que causa estragos profundos en las costumbres. Dicen: no hay pecado original; el cuerpo, igual que la mente, está en su rectitud natural; por lo tanto, todos sus instintos son buenos, hay que satisfacerlos: de este modo se legitiman los más deplorables excesos.—Si no hay caída, ¿para qué hace falta reparación? Con esto niegan la necesidad de la mortificación cristiana y aun simplemente moral.

Este error se ha deslizado hasta en la piedad y ha invadido la dirección de las almas, encubriéndose un poco, naturalmente, y absteniéndose de manifestar muy á las claras sus principios que harían retroceder.—Pero leéis libros y oís á ciertos confesores que dicen: la mortificación exterior no es necesaria, y aunque conviene á los religiosos, no está indicada para los que viven en el siglo; las maceraciones y los ayunos son buenos para el claustro, pero á las demás almas es preferible conducir las por la dulzu-

ra.—Á esto respondo: la dulzura es la porción de Dios y á él corresponde hacer que el alma la sienta para animarla y recompensarla; pero la porción propia del hombre, su cooperación, es mortificarse y crucificarse. Condenado ha sido á comer su pan con el sudor de su frente; la tierra está maldita para él, las criaturas le ofrecen continua ocasión de pecado, y es menester que se separe de ellas, que las desvíe, á fin de no descansar en ellas y preferirlas á Dios. ¿De qué otro modo se puede conseguir esto sino por la mortificación de los sentidos?

Observad que el hombre es atraído constantemente hacia su cuerpo, y que en sus sentidos toman cuerpo los vicios del alma que, haciéndose corporales, son más tenaces y culpables. — Seguramente morirían antes si no les prestásemos esa vida exterior.

Por eso, el orgullo que no puede manifestarse por la vanidad, los primeros puestos y los honores, no dura; y rechazando los elogios y las muestras exteriores de vanidad, el orgullo queda sofocado.

También el fin del avaro es su cuerpo, pues no atesora sino para disfrutar algún día, cuando se le antoje que ya ha adquirido bastante.

¡Cuántos son los que no viven más que para comer y desfiguran en sí la imagen de Jesucristo, para tomar la de un cerdo!

¿Y qué decir de otros vicios, de la ira, de la pereza, sobre todo del vicio vergonzoso? ¿No procuran establecer su residencia, su centro, en los sentidos? El cuerpo es el terreno de sus goces; de él se nutren, de sus sensaciones viven, y en él todos tienen profundas raíces.

Por eso oíd á San Pablo pedir el castigo de los miembros, castigar su cuerpo, este cuerpo de muer-

te, y dar del cristiano esta hermosa definición: «Es un hombre crucificado en su carne y que vive de la virtud del amor de Dios.» Esto es hablar de la mortificación corporal y para todos.

Era como un eco del Precursor, en cuyos labios puso nuestro Señor estas primeras palabras: «Haced penitencia y abandonad vuestros malos caminos; producid frutos dignos de penitencia»; es decir, expiad por medio de la humillación, del ayuno y de la penitencia los pecados de vuestros sentidos, y que esos frutos se vean como se han visto los crímenes.

La Iglesia, instruída por nuestro Señor, exige la penitencia corporal: los ayunos, las preces públicas, las expiaciones solemnes. Tales autoridades hablan en voz bastante alta contra los doctores de una piedad sensualista.

III. Por consiguiente, la mortificación corporal es legítima y necesaria, de todos los tiempos y para todos. — Practicadla, porque tenéis necesidad de ella. Os presentaré nuevos motivos.

Nuestro cuerpo es malo, inficionado por el pecado, lleno de malos instintos: hay que purificarlo y reducirlo á la santidad por los golpes, como purifica la tempestad, y así como se purga á un enfermo, procurando que violentamente expela los malos humores que le estorban.

Hemos pecado, no sólo en nuestro origen, sino voluntariamente con nuestros sentidos y acciones; hay, pues, que templarnos nuevamente en la mortificación de Jesucristo, porque hemos corrompido una naturaleza ya viciada.

Todo pecado merece un castigo igual á su malicia; luego la reparación voluntaria debiera ser igual al castigo que reclama la justicia. — Con un solo peca-

do mortal que hayamos cometido, hemos merecido el infierno: ¿cómo pagaremos el infierno?

Aunque no tuviéramos más que pecados veniales, ¿cómo compensaríamos las llamas del purgatorio?

Cierto que Dios nos ha perdonado; pero vosotros en seguida os habéis puesto á gozar con los ángeles, como si nunca hubieseis pecado; y entretanto, ¿quién dará satisfacción? —Siempre debemos tener á la vista nuestros pecados para repararlos, porque la verdadera conversión no consiste únicamente en no obrar el mal, sino en repararlo. —Purifiquémonos, ó Dios nos purificará con sus castigos en esta ó en la otra vida.

El mismo pone muchas veces mano en ello, porque nosotros no lo hacemos. «Mirad á esa persona —decís algunas veces — cómo sufre y cuánta persecución padece sin merecerlo.» Posible es que eso no sea más que una prueba de amor; pero con frecuencia es una expiación del pecado. Dios la obliga á penitencia porque olvidaba lo que debía.

Las tentaciones os asaltan y hacen sufrir; son largas y fatigosas, un verdadero suplicio, según decís. ¿Pero es que nunca consentisteis en el pecado á que incitan? Pues ahora, expiad: Dios os aplica el castigo que no tuvisteis el valor de sufrir.

Luego entonces, ¿es bueno tener tentaciones? —Sí, porque con ellas se paga por lo pasado y retienen en la humildad, promueven la penitencia y obligan á combatir, cuando se desearía descansar.

Hay, sobre todo, un linaje de penas que hace sufrir mucho, y son las persecuciones y calumnias de las personas devotas; nada causa tanta pena, porque su virtud os hace creer que tienen razón y que es Dios mismo quien se halla irritado contra vosotros. Y es

que permite á veces que los mejores no vean claro y os persigan, no obstante vuestra inocencia, para más purificaros.

Las enfermedades y los sufrimientos físicos son también una expiación corporal que impone Dios; no los busquéis, ni tampoco las tentaciones y persecuciones; pero si acaecen, dad por ello gracias á la misericordia de Dios, que ahora os obliga á penitencia á fin de perdonaros más adelante.

Por último, no es bastante el abrazar las obras de la mortificación corporal por haber pecado, pues como esto es de simple justicia, no es suficiente. Si no quisiéramos hacer más que esto, no valía la pena de haber entrado en religión. Aparte de que toda esa penitencia es para nosotros, y sirve para que evitemos las penas futuras y procurar nuestra salvación.

Se requiere además tener la mortificación de Jesucristo, que escogió el sufrimiento, no por necesidad, sino por amor, porque en él vió la manera de manifestar más su amor á su Padre y á nosotros. — Hay que considerar esta mortificación como una virtud que debe adquirirse, y decir: «Aunque no tuviera pecado que expiar, quiero mortificarme, porque Jesucristo me dió el ejemplo: fué azotado y crucificado, padeció hambre y sed, desnudez y frío, con alegría por amor de Dios su Padre; quiero obrar como Él.»

Ahí tenéis el excelente, el verdadero motivo de la mortificación. Adoptémosle y revistámonos de las vestiduras de Jesucristo, únicas con que podremos agradar al Padre celestial: la mortificación y la cruz.

IV. ¿Cómo practicamos esta virtud? No gozando jamás de nada; cercenando á nuestro cuerpo todo aquello en que pudiera hallar placer, no buscando nunca nuestro contento ni en nosotros ni en las co-

sas, no procurando jamás una satisfacción ni un aplauso de los hombres.

Mortificándonos en la comida, no tanto en la cantidad como en la calidad.

Entregándose con permiso á las mortificaciones corporales y á las humillaciones, tan queridas de los Santos. Estad seguros de que todo esto puede hacer se sin enfermar.

Hacedlo, pues, porque, sin eso, todas vuestras protestas de amor á Dios no pasan de ser ilusiones, y serían insolencias si no conociese Dios nuestra ignorancia.

Dícese que es difícil mortificarse siempre. — ¡Ya lo creo! — Es necesario llevar cada uno su cruz todos los días, y tener constantemente la espada en la mano, porque lo que se debe no se paga con sentimientos ni palabras de amor, sino con la penitencia: no otra es la moneda del Calvario.

Lo primero es practicar todas las mortificaciones de nuestro estado, las cuales obligan absolutamente y antes que todas las demás, pues sería un error el postergarlas á otras. Después procede el inquirir: se necesita ser ingenioso en castigarse y en inmolar su cuerpo á Dios con sacrificios renovados sin cesar.

Habría motivo para desesperarse si no amáramos la mortificación. Busca uno ante todo sus comodidades; se deja que suene la campana sin marchar inmediatamente; cuando prescriben una obediencia siempre tiene uno exceso de trabajo; se retrasa el levantarse; quédase uno en la cama algunos minutos más. ¿Qué se adelanta con esto? Llégase cuando el oficio ha comenzado; y el demonio, que os conduce, al presentaros á nuestro Señor, dícele burlándose: «Aquí tenéis un esclavo que quiere que le den

de comer; por eso viene al coro, pero yo os he quitado todo el mérito que hubiera podido ofrecer.»

¡Oh qué vergüenza la de ser tan poco exacto con nuestro Señor, con nuestro Rey!

Hablando con alguien en el locutorio, quédase uno en él algunos minutos cuando ya la campana ha sonado, para no parecer incivil ó á fin de demostrar más miramiento. Pero ¡que es Jesús sacramentado quien os llama! — ¡Bueno; pues que espere!

¿Es posible esto? ¿No es verdad que las pasiones son espantables cuando se analizan? Y sin embargo, no digo más que la verdad, y no completa.

Quisiérase además de todo eso un trato propio de príncipes, que nada faltase, ser servido puntual y confortablemente. — De la vida religiosa, que es un calvario y escuela del sufrimiento, se viene á hacer un lecho de pereza, y no bien falta alguna cosa, cuando nacen la impaciencia y la murmuración; háblase de los propios derechos y no se sueltan de la mano, como si fuesen un broquel. Pues bien; sabed que como religiosos no tenéis derecho más que al pan, al agua y á un camastro, porque sois pecadores y merecido habéis comparecer en el tribunal de la justicia de Dios. Si habláis de derecho, eso es lo que habéis merecido, aunque la regla, como madre, mitigue su conducta en este punto.

Y en realidad, antes de ingresar en religión, ¿tan bien estábamos todos que nada nos faltase en ningún caso? — Pero se procede de una familia de artesanos; ha sido uno pastor; en la niñez hubo necesidad de trabajar para ayudar á ganar el pan de la familia; y en este caso, ¿habéis venido á la vida religiosa para ser mejor tratados que en vuestra casa?

Cien veces mejor hubiera sido que os quedaseis donde estabais.

Este, este es el punto de vista en que debemos colocarnos. La cosa es seria; con que mirad más bien al fondo que á la forma de mis palabras, que no todos los días se dicen, ni ante todos, puesto que aquel que las dice comienza por entablar su propio proceso; pero lo que os digo es la verdad.

Adelante, pues; la vida religiosa es una muerte, pero que da la vida. Entendedlo así, y que el amor, que ha crucificado á nuestro Señor, os fije en la cruz con Él.



EL DON DE SÍ MISMO

PARA alcanzar la virtud de fortaleza y mortificación cristiana hay un medio, el más eficaz de todos, y único que puede perfeccionar á los demás: el amor de nuestro Señor.

Es menester que los medios de una virtud se ordenen con prudencia, y que la guíe el amor. De una vez llegó San Pablo á la perfección de Jesucristo mediante el amor de la cruz. Dios le derribó, manifestóse á Él en su amor y con esta sola frase: «Yo soy Jesús, á quien persigues», le reveló todo el amor de la Redención, del Calvario y de su muerte.—Pablo lo comprendió todo y se fué de allí repitiendo la gran expresión: «Me ha amado y se ha entregado por mí.» *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

Desde entonces tuvo en poco los mayores sacrificios; todo lo aceptó y entregóse á sí propio á Jesucristo, diciendo que él ya no vivía, sino que sólo Jesús vivía en él, para quien ya no había ni parientes, ni amigos, ni judíos, ni gentiles, ni vida, ni muerte, sino Jesucristo en todas las cosas: *Omnia et in omnibus Christus.*